

Cuba, la gran prueba

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 19.04.09

Que Obama haya decidido un considerable alivio de las sanciones contra Cuba permite esperar el fin del bloqueo norteamericano de la isla comenzado en 1962. Marca una notable distancia entre aquel año, el de la crisis de la instalación de misiles soviéticos en tierra cubana, y el actual 2009, en que Estados Unidos parece estar a punto de dar un giro de 180 grados a la política exterior norteamericana respecto a la de los ocho años de mandato de George W. Bush. De la política de los muros diplomáticos, las puertas cerradas, las amenazas y las sanciones se está pasando a la de búsqueda de aproximaciones, levantamiento de escollos, oferta de diálogo.

Lo ha hecho así Obama de cara al Irán empeñado al parecer en disponer de armas nucleares; con mensajes de buena voluntad dirigidos al mundo islámico o enviados en general a todo lugar en que Estados Unidos tiene planteados conflictos, desavenencias. Hay como un deseo en Washington de que Estados Unidos deje de ser motivo de escándalo por sus querellas internacionales, hasta en la voluntad de poner fin a las que mantiene con carácter bélico en Afganistán e Iraq.

Y esto ocurre en un mundo no precisamente claro ni fácilmente previsible, acerca, por ejemplo, de qué fuerzas, qué potencias medianas o grandes van a determinar los caminos del futuro. Cómo y en qué áreas. Un mundo en cuyo seno parece como que los norteamericanos se hubieran cansado de despertar inquinas, malquerencias, suspicacias y temores. Pero en el cual no se sabe muy bien si esta predisposición será

percibida como una invitación a hacerlo todo más llevadero, como una debilidad de la que se puede sacar provecho o algún tipo de doble intención escondida.

Es esta una duda de difícil respuesta que en el caso de Cuba se hace patente. Basta comprobar las cautelas con que las decisiones de Obama son acogidas en La Habana. Se transparenta en las reacciones desde la cúpula del poder, los hermanos Castro. En ellas aparece, mal velado, un guiño de complacencia. Raúl y Fidel han recibido a seis congresistas norteamericanos con evidente satisfacción.

Lo que viene de EE. UU. puede resultar decisivo. Nada menos que el saldo de una cuantiosa y amarguísima cuenta histórica.

El fin del bloqueo podría ser celebrado como una gran victoria moral y material del castrismo, un seguro de continuidad. Pero a la vez comportar el doble filo envenenado de irrefrenables contagios, capaces de hacer inevitable el derrumbamiento de las murallas internas por la fuerza de la libertad frente a la estrechez y decrepitud de la dictadura. Cuando Fidel habla del bloqueo "genocida" norteamericano como un fracaso de medio siglo, a continuación necesita afirmar que Cuba

"no extenderá jamás la mano pidiendo limosnas" para alejar el fantasma de que el "fracaso" norteamericano se traduzca en la postración del castrismo. Y es que el propio Fidel se traiciona al afirmar que el castrismo "no ha necesitado para existir de la confrontación (el bloqueo) como piensan algunos tontos".

¿Es uno de estos tontos Armando Hart, quien estima "un reto ideológico" la apertura norteamericana? Un reto norteamericano cuyo eco llega mucho más allá de Cuba. El de si la política de presiones, de negativas del pan y la sal a regímenes considerados hostiles e impropios ha de ser la norma, pasando por encima de clamorosas contradicciones como la de ser aplicada a determinados países y no a otros con regímenes incluso más crueles, inaceptables y hasta peligrosos, a los cuales, paradójicamente, se da tratamiento de amigos.

El seguimiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se impone desde ahora con la máxima atención. Será especial punto de toque para juzgar sobre el éxito o el fracaso del obamismo teórico y práctico como propuesta para la convivencia dentro de la complejidad del panorama internacional. No con la magnitud de los apremios y zozobras de Iraq, Afganistán o Irán, por ejemplo. Pero sí por la intensidad emocional, por la cercanía geográfica e histórica e incluso por el millón y medio de cubanos exiliados en Florida que con las medidas decididas por Obama estarán en disposición de hacerse sentir muy presentes en la Cuba insular de sus orígenes.

La gran pregunta es si estando en vida los hermanos Fidel y Raúl Castro el castrismo estará en condiciones de aceptar la mano que ha comenzado a tenderles el presidente norteamericano. Y qué margen de compromiso le queda a este con el castrismo. Hay quien sugiere si la transición española hubiese sido posible después de la muerte de Franco si a Carrero Blanco no le hubieran asesinado. En el caso de los hermanos Castro la duda es mucho mayor, porque es como si Franco y Carrero se hubieran enfrentado a la exigencia de un cambio sustancial permaneciendo ambos en vida. ¿Qué transición cabe imaginar para la

Cuba regida desde el núcleo viviente y sustancial del castrismo? Y al mismo tiempo, ¿cómo neutralizar el efecto popular en Cuba de una ayuda creciente de los cubanonoramericanos, en definitiva procedente del grande y vilipendiado vecino del norte?